

Ciencia, fe y razón: desde el mundo antiguo hasta el pensamiento moderno

artículo

Fernando Pascual, L.C.¹

U n tema tan complejo como la relación entre ciencia, fe y razón no puede ser desarrollado en pocas líneas. Intentaré, de todos modos, elaborar una serie de consideraciones que, espero, ayuden a ilustrar cómo a lo largo de la historia se han ofrecido diversas reflexiones sobre el tema, y cómo esas reflexiones pueden servir para el camino que está recorriendo una disciplina relativamente nueva, la bioética.

Para ello, seguiré el siguiente esquema. Tras una breve introducción, recorreré algunos momentos históricos en las relaciones entre ciencia, fe y razón. Seguidamente expondré algunas aplicaciones de los modelos históricos del pasado, especialmente en lo que se refiere a la antropología y a la ética, para luego ofrecer algunas ideas conclusivas.

1. A modo de introducción

No es fácil conseguir una visión sintética sobre las relaciones que pueden establecerse, y se han establecido a lo largo de la historia, entre ciencia, fe y razón. En parte porque las opciones adoptadas han ido variando a lo largo del tiempo y según las diferentes tradiciones religiosas, filosóficas y científicas; en parte porque interpretar tales opciones implica emplear una serie de ayudas hermenéuticas que se fundamentan en teorías no siempre válidas.

En el fondo de las diversas propuestas subyace un modo de pensar y de actuar que resulta prácticamente constante en los seres humanos: acoger e interpretar los diferentes datos alcanzados gracias a la observación (de uno mismo o de otros) desde perspectivas

hermenéuticas que van más allá de los mismos datos.

Esto vale para la ciencia del pasado y para la ciencia actual, en la que conviven interpretaciones diferentes que surgen desde los instrumentos utilizados para observar y medir, desde las teorías dominantes en cada época histórica, y desde aquellas ideas de tipo cultural y religioso que entran en juego a la hora de pensar cualquier hecho, humano o de otro tipo.

De modo especialmente intenso se observa este fenómeno en el ámbito de la bioética, en la que se conjugan datos científicos, ideas filosóficas, concepciones religiosas y propuestas éticas más o menos difundidas en los diferentes pueblos. Baste con pensar en las discusiones sobre la dignidad que puedan tener los embriones humanos, sobre el aborto, sobre la eutanasia y otros temas para evidenciar el continuo diálogo que se produce entre datos e interpretaciones a la hora de defender una u otra posición.

Intentaré ahora evidenciar lo anterior a lo largo de algunos momentos de la historia del pensamiento y la ciencia en el mundo occidental, con la mirada puesta en el mundo antiguo, en el pensamiento cristiano medieval y en los inicios de la modernidad.

2. Entre la ciencia, la razón y la fe

Se suele considerar que la filosofía inicia con aquellos pensadores griegos que agrupamos bajo el nombre de presocráticos. Entre ellos se fue forjando la convicción de que resulta necesario distinguir entre conocimientos insuficientes, propios de la mayoría (la «masa»



Docente di
Filosofia, Ateneo
Pontificio Regina
Apostolorum,
Roma

y conocimientos adecuados y científicos. Un paradigma de esta distinción se encuentra en Demócrito (siglos V-IV a.C.), el padre del atomismo antiguo, que distinguía entre la opinión subjetiva, que se alcanza a través de los sentidos, y las verdades conquistadas a través de la reflexión sobre las causas, con las cuales se puede llegar a conocer correctamente el mundo en el que vivimos².

Otro paradigma interpretativo llevó a algunos autores a buscar caminos para «someter» la realidad a los presupuestos teóricos, lo cual hizo, por ejemplo, que los pitagóricos admitieran la existencia de un astro que no observaban para así dejar fuera de dudas la perfección en el universo³.

El panorama intelectual se hace más complejo con la irrupción de profesores que hoy conocemos bajo el nombre de sofistas y que evidencian la separación que existe entre verdad y discurso, con el riesgo de adoptar actitudes propias del relativismo caracterizadas bajo la famosa frase atribuida a Protágoras según la cual el hombre sería la medida de todas las cosas⁴; o la otra sentencia, contenida en el texto de los *Discursos dobles*, según la cual sobre cada tema se pueden elaborar discursos contrapuestos⁵.

Frente a una situación extraña, en la que por un lado las escuelas presocráticas habrían elaborado doctrinas incompatibles entre sí sobre el mundo, y por otro los sofistas habrían buscado establecer una separación radical entre opiniones humanas y verdades, las propuestas de Platón y de Aristóteles significan un esfuerzo por comprender correctamente los diferentes caminos de acceso a la verdad, así como las dificultades inherentes a algunas temáticas difícilmente abarcables con las modalidades cognostivas propias del ser humano.

Especialmente significativo, en este sentido, es un pasaje poco citado de los Diálogos de Platón, donde se presenta la pluralidad de caminos que el hombre puede recorrer respecto de los temas más difíciles: aprender de otros, descubrir por uno mismo, aceptar (como hipótesis) el razonamiento mejor y avanzar en el mismo hasta donde sea posible, y acoger una revelación divina⁶. Otras contribuciones

famosas de Platón sobre estos temas se encuentran en diversos momentos del *Timeo*, donde se subraya la contingencia propia de los saberes basados en datos empíricos; y en la *República*, especialmente en la parte dedicada a explicar la imagen de la recta⁷.

Por su parte, Aristóteles se convierte en un perspicaz estudioso de las diversas formas de la racionalidad humana, con lo que llega a ofrecer un cuadro general de los caminos humanos que avanzan, con modalidades diversas, hacia el conocimiento de los diversos ámbitos del saber⁸.

Sería oportuno aludir a otras contribuciones sobre nuestro tema en los siglos posteriores a Aristóteles, pero quedan por ahora de lado por razón de brevedad.

Si nos asomamos a los fenómenos que se producen en el contexto cristiano (en cierto modo, también en otros contextos religiosos, especialmente entre las comunidades hebreas y en algunos territorios controlados por el Islam), notamos la actitud de seguridad que se surge al acoger verdades consideradas como venidas de Dios y que constituyen lo que es denominado como Revelación. Al mismo tiempo, se desarrolla un fecundo diálogo con el pensamiento griego, que permite elaboraciones teológicas para comprender mejor aquello que Dios habría comunicado a los hombres.

Desde los primeros momentos, y luego en otras fases de la historia del cristianismo, surgen tendencias opuestas. Por un lado, hay quienes subrayan la diferencia entre fe y razón, como si el diálogo entre las mismas fuera prácticamente imposible. Entre los nombres que se pueden recordar de esta postura está el caso paradigmático de Tertuliano, para quien no habría nada en común entre Atenas y Jerusalén⁹. Otros autores, sin embargo, adoptan actitudes más positivas, entre los que destacan, en el mundo antiguo, san Agustín, y ya en el mundo medieval santo Tomás de Aquino¹⁰.

Con la llegada del Renacimiento se producen una serie de fenómenos que llevan, en cierto modo, al desarrollo de posiciones filosóficas que propician una radical separación entre fe y razón, al mismo tiempo que la ciencia ex-

perimental alcanza nuevos e importantes descubrimientos y se orienta especialmente hacia la aplicación técnica¹¹. Además, se promueve una visión utópica según la cual sería posible construir una especie de paraíso en la tierra gracias precisamente al progreso científico¹². En este contexto inician y se desarrollan dos grandes corrientes filosóficas, una de tipo racionalista, que encuentra en Descartes uno de sus más conocidos promotores; y otra de tipo empirista, representada con nombres como Bacon, Hobbes, Locke y Hume. Las nuevas tendencias filosóficas mantienen una relación estrecha con los progresos científicos, desde los cuales se desencadenan serias críticas orientadas a la «destrucción» de la perspectiva aristotélica sobre el mundo para sustituirla con propuestas mecanicistas, ya presentes, en cierto modo, en el pensamiento de Demócrito. Este tipo de planteamientos llevó, de modos más o menos explícitos, a una creciente marginación de la fe, relegada cada vez más al ámbito de lo privado y, muchas veces, considerada como algo que no debería ejercer ningún influjo en las tareas propias de la ciencia y de la filosofía.

3. De las ideas a las aplicaciones

De un modo sumario hemos puesto ante nuestros ojos diversas etapas y opciones en el continuo diálogo entre fe, razón y ciencia. Según las modalidades adoptadas en ese diálogo, surgen aplicaciones diferentes para la vida de los individuos y de los pueblos. En otras palabras, los modos de pensar permean y condicionan fuertemente (aunque no de modo fijo) los modos de concebir el fenómeno «vida» y las visiones éticas.

Volvamos nuevamente la mirada a la historia. En el mundo griego antiguo se elaboran diferentes visiones antropológicas. Por un lado, algunos autores analizan al hombre como un ser más del mundo físico, dotado de elementos materiales que le permiten subsistir por un cierto tiempo y luego desaparecer devorado por el flujo continuo de las cosas. En cierto modo, esta visión cristaliza en el atomismo de Demócrito y en las propuestas de Epicuro, y encuentra una expresión latina en

los versos de Lucrecio¹³. Por otro lado, y desde una tradición que inicia con la figura de Sócrates, se da una importancia creciente a la idea de alma, hasta el punto de considerarla como algo espiritual, que procede desde fuera (afirmación que encontramos en Aristóteles y que pocos recuerdan)¹⁴ y que perdura tras la muerte, como afirma Platón en diversas ocasiones¹⁵. Las teorías éticas que derivan de estas antropologías antagónicas (materialista o espiritualista) son radicalmente diferentes: mientras Epicuro (que aceptó el atomismo de Demócrito) defiende una ética de placeres, Platón y Aristóteles proponen una ética orientada a la plenitud desde el reconocimiento del primado del elemento intelectual en el ser humano, con una serie de reflexiones que han servido en buena parte para el desarrollo de la noción de ley natural. Las diferentes aplicaciones bioéticas de una o de otra perspectiva son fácilmente intuibles. La visión antropológica medieval arranca desde un dato novedoso: el hombre es amado por Dios y tiene una dignidad incomparable, si bien se encuentra en una situación de precariedad debida al pecado original. Desde estas certezas surge un esfuerzo individual y comunitario a favor de las personas más necesitadas (sobre todo, los pobres y los enfermos), superando así los límites del mundo antiguo en su modo de afrontar la asistencia sanitaria¹⁶.

El mundo moderno recupera en parte ideas del mundo antiguo por lo que se refiere al mecanicismo, con propuestas diversificadas. Mientras el racionalismo de Descartes se orienta hacia el dualismo (un alma y un cuerpo que conviven conflictivamente en el conjunto «hombre»), en el empirismo se prepara la destrucción de la idea de alma (algo llevado a su consumación en Hume) y la reproposición de una visión ética que acoge ideas del hedonismo y que desemboca en el utilitarismo. Se comprende, así, cómo esta rama de la modernidad haya influido fuertemente en visiones bioéticas como la que es defendida por Peter Singer, entre otros¹⁷. Ya anticipamos en el apartado precedente cómo la idea de progreso se coloca en esta perspectiva moderna y cómo ha ejercido (y todavía

ejerce) un enorme influjo en muchas propuestas éticas y políticas del mundo occidental.

4. *Notas finales para una síntesis*

Abarcar con un golpe de vista un periodo de tiempo que va desde el siglo VI a.C. hasta el siglo XVIII resulta casi imposible e implica seguramente simplificaciones que dejan de lado aspectos importantes para una correcta visión histórica sobre lugares y sobre épocas tan diferentes. Consciente de estas dificultades, podemos señalar algunos puntos que permitan comprender, espero, modalidades de relación entre ciencia, fe y razón en algunos de esos momentos del pasado.

Notamos cómo el pensamiento griego (y una importante parte del pensamiento romano) se orienta prevalentemente a la comprensión teórica sobre el mundo en el que vivimos, dejando en un lugar secundario la dimensión técnica, vista simplemente como necesaria para satisfacer las necesidades fundamentales y así dejar espacio para las actividades del espíritu.

En las diferentes culturas (es necesario adoptar aquí el plural) que surgen desde la difusión del cristianismo se acogen elementos de la racionalidad greco-romana y datos nuevos gracias a la fe en lo que Dios ha revelado. En concreto, se enriquece el modo de ver a Dios, al mundo y al hombre, se exalta la dignidad de la persona débil y enferma, y se descubre el valor del presente desde su relación hacia lo que será la vida futura (con sus dos posibilidades definitivas: un cielo eterno o un infierno eterno)¹⁸. El desarrollo de obras de asistencia y caridad se coloca en esta perspectiva y refleja una profunda y rica visión sobre la dignidad del hombre sufriente que la bioética no puede dejar de lado.

A partir del Renacimiento se produce una fuerte fractura respecto de las visiones de la Edad Media y, de modo especial, respecto al

modo de hacer ciencia del pasado. Se desarrolla así lo que luego será conocido como el método científico (que encontraría en Galileo Galilei uno de sus más famosos representantes), y un deseo de dominar el mundo a través de la técnica, con la cual sería posible establecer el Reino de Dios en la tierra (según el sueño de Francis Bacon). Por lo que se refiere a la filosofía, el desarrollo de corrientes como el racionalismo y el empirismo implicaron una fuerte fractura entre la fe y la razón, con consecuencias que, en cierto modo, llegan hasta el mundo en el que vivimos.

Además de lo que sobre este punto se expone

en la encíclica *Fides et ratio*, podemos recordar la famosa conferencia de Benedicto XVI en Ratisbona el 12 de septiembre de 2006. En ella, tras recordar los peligros que amenazan a nuestro tiempo, el Papa proponía renovar el diálogo

entre la filosofía y la teología para afrontar tales peligros y avanzar hacia un mundo más abierto a Dios y a la justicia.

La intención no es retroceder o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso. Porque, a la vez que nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad, vemos también los peligros que surgen de estas posibilidades y debemos preguntarnos cómo podemos evitarlos. Sólo lo lograremos si la razón y la fe se reencuentran de un modo nuevo, si superamos la limitación que la razón se impone a sí misma de reducirse a lo que se puede verificar con la experimentación, y le volvemos a abrir sus horizonte en toda su amplitud. En este sentido, la teología, no sólo como disciplina histórica y ciencia humana, sino como teología auténtica, es decir, como ciencia que se interroga sobre la razón de la fe, debe encontrar espacio en la universidad y en el amplio diálogo de las ciencias¹⁹.

El mundo de la bioética necesita recordar las etapas y modelos que se han elaborado a lo largo de la historia respecto a las relaciones

*Los modos de pensar
permean y condicionan
fuertemente los modos
de concebir el fenómeno
«vida» y las visiones éticas*

entre ciencia, fe y razón. Tener presente lo ocurrido en el pasado ayudará no poco a evitar errores que distorsionan la visión de la realidad y a acoger todo aquello que permita un diálogo fecundo entre los distintos caminos con los que el ser humano puede tener un mejor conocimiento sobre el mundo, sobre el hombre y sobre Dios.

NOTE

¹ Relación en el curso «La Bioética, crocevia tra Fede, Ragione e Scienza» (Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*, Roma, 1 de julio de 2013).

² Un texto clásico al respecto es el fragmento DK 68 B 125, donde se distingue entre opinión (referida a lo que hoy consideramos como cualidades secundarias, colores y sabores, por ejemplo), y verdad (sólo existen átomos y vacío).

³ Tal astro fue denominado «antitierra». Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica*, I 5, 985b23-986a12.

⁴ Cf. DK 80 B 1.

⁵ Cf. DK 90.

⁶ Cf. PLATÓN, *Fedón*, 85cd.

⁷ Sobre esta parte, cf. F. PASCUAL, *Grados del saber en Platón. Una lectura de la imagen de la "línea" presente en la República de Platón*, Universidad Anáhuac México Sur, México D.F. 2007.

⁸ Cf. E. BERTI, *Le ragioni di Aristotele*, Laterza, Bari 1989.

⁹ Cf. TERTULIANO, *De praescriptione haereticorum*, VII.

¹⁰ Para una ágil panorámica de las relaciones entre fe y razón desde los inicios del cristianismo, cf. JUAN PABLO

II, *Fides et ratio*, 14 septiembre 1998, nn. 36-44.

¹¹ Cf. P. ROSSI, *La nascita della scienza moderna in Europa*, Laterza, Roma-Bari 2007, quinta ed.

¹² Cf. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 30 noviembre 2007, nn. 16-21.

¹³ Cf. TITO LUCRECIO CARO, *De rerum natura*, libro III, 830-887.

¹⁴ Cf. ARISTÓTELES, *Reproducción de los animales*, II 3, 736b26-29.

¹⁵ Para no ser prolijos, bastaría con recordar los siguientes Diálogos: *Menón*, *Gorgias*, *Fedón*, *Fedro*, *República*, *Teeteto* y *Timeo*.

¹⁶ Sobre este tema, con especial atención a la idea de hospitalidad, cf. E. CASANOVA, *Bioética, salud de la cultura*, s.e., Montevideo 2005. Como un breve acercamiento a la antropología y bioética que surgen del pensamiento cristiano, cf. F. PASCUAL, «Lineamenti di una bioetica secondo san Tommaso d'Aquino», *Alpha Omega*, 15 (2012), 419-447.

¹⁷ Ofrecí una breve reflexión crítica a las propuestas de Singer en «Una critica ai principi della "bioetica" di Peter Singer», *Studia bioethica*, 1 (2008), 61-67. Sobre el proceso histórico que llevó a la secularización de la bioética, cf. S.J. THAM, *The Secularization of Bioethics: A*

Critical History, Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma 2007.

¹⁸ Para esta temática, en especial por lo que se refiere a la relación entre platonismo y cristianismo, cf. C.J. DE VOGEL, «Platonism and Christianity: A Mere Antagonism or a Profound Common Ground?», *Vigiliae Christianae*, 39 (1985), 1-62.

¹⁹ BENEDICTO XVI, *Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones*, discurso del Santo Padre en la Universidad de Ratisbona, 12 de septiembre de 2006, en www.vatican.va (consultado el 31-8-2013).